

Editorial

Una lección por aprender

Cada vez hay un mayor convencimiento de que la educación es la mejor garantía para el progreso de los ciudadanos y de los pueblos. Por eso, una de las preocupaciones de toda sociedad es hacerse de un sistema educativo que sea eficiente, pertinente, relevante y congruente con las necesidades de desarrollo y crecimiento tanto del individuo como de la sociedad. Con esa idea en mente, los gobiernos asignan buena parte de los recursos del Estado, diseñan sus políticas y echan a andar sus aparatos educativos. Sucede en muchísimos casos que pasados los años, se verifica a través de pruebas nacionales, internacionales o simplemente a través del escrutinio público que este sistema educativo no reporta los resultados esperados ni cumple con las expectativas. Vienen el escepticismo, luego el desencanto y después las críticas. Más tarde vienen las reformas educativas y tiempo después las contrarreformas. Es la de nunca acabar. Latino América conoce bastante bien esas historias.

Ciertamente, Latino América proporciona un amplio abanico de sistemas educativos. Los tiene tradicionales y excluyentes, incoherentes con la realidad y hasta contradictorios con las aspiraciones humanas y los entornos sociohistóricos a los cuales está llamado a responder. Hoy por hoy existe la convicción de que la educación progresó mucho más lentamente en América Latina que en el resto del mundo.

Por eso, ante ese panorama poco esperanzador, vale la pena retomar un ejemplo exitoso que acaso nos deje algunas enseñanzas, señale algunos posibles caminos y nos devuelva la convicción de que una mejor educación sí es posible. Ese es el caso del sistema educativo de Finlandia.

Finlandia, un país nórdico de aproximadamente 5.3 millones de habitantes, tenía hasta los años sesenta un sistema educativo que ellos mismos calificaban

de catastrófico. Tenían escuelas de élite y escuelas públicas, como en muchos otros países, ocasionando fuertes disparidades entre los alumnos. Pero en los años setenta decidieron dar un nuevo rumbo a su sistema educativo. Primero se pusieron de acuerdo sobre la dirección que querían tomar antes de iniciar la reforma y luego la mantuvieron a pesar de los cambios de gobierno. Los cambios a su sistema fueron profundos pero coherentes.

El nuevo sistema se pensó desde la igualdad y la calidad y de acuerdo con los principios de democracia que promueve este país nórdico. Este sistema propone una educación gratuita y obligatoria durante nueve años, comenzando a la edad de siete. Esta gratuidad incluye no sólo la matrícula, sino también comidas, libros, transportes, médicos, psicólogos, clases de apoyo y educadores especializados. Ya no existen escuelas de élite como en el pasado.

El modelo finlandés, a diferencia del que impera en la mayor parte de países, no castiga ni margina al estudiante "lento". Al contrario, todo el sistema está pensado para recuperarlo y permitirle desarrollarse. Por ejemplo, a los que rinden menos en matemáticas se les coloca en clases más pequeñas, de modo que puedan tener un mejor acceso a la ayuda del profesor. También los alumnos más brillantes ayudan a los que se vienen rezagando. Como en todo grupo humano, hay diferencias de rendimiento entre el alumnado, pero este modelo se centra en la igualdad de oportunidades y el apoyo a los frágiles. Es lo que llaman escuela inclusiva en Finlandia: todos tiene la oportunidad de estudiar lo que les interesa y lo hacen a su ritmo, trabajando en cooperación, no en competición.

Una clave indiscutible del éxito finlandés para obtener una educación de calidad radica en el grado de compromiso y la sobresaliente preparación de sus educadores. Los profesores finlandeses son reclutados entre los mejores alumnos de bachillerato con notas de ingreso que tienen que superar el 9/10. Todos los profesores pasan al menos cinco años en la universidad para entrenarse en pedagogía y en una especialidad adicional si quieren enseñar en los tres últimos años de secundaria. Además se les ha otorgado el máximo reconocimiento social posible y gozan de un prestigio similar a los médicos o los abogados.

Finlandia dedica cerca de 6% de su PBI a educación. Con este porcentaje se ubica en la media de inversión de las naciones desarrolladas. Países como Islandia, EE.UU. y Dinamarca dedican el 7,5% de su PBI, mientras que países como Italia, España y Japón destinan 5%. Para sus habitantes, Finlandia dispone de 4,433 centros educativos (de los cuales sólo 27 son privados), 31 escuelas politécnicas y 20 universidades. Los casos de abandono o de repetición han bajado de manera espectacular y hoy el 99,7% de los 586.381 alumnos finlandeses termina la enseñanza básica.

En el informe PISA (Programa para la Evaluación Internacional de los Alumnos), en el que participan 275.000 estudiantes de 15 años de 41 países, los estudiantes finlandeses ocuparon en sus dos ediciones, 2000 y 2003, el primer puesto en habilidad lectora, comprensión de la escritura y cultura, ciencia y matemática

y se colocaron entre los cuatro primeros en otras materias, superando a sus pares de Estados Unidos, Francia, Canadá y todos los demás países ricos.

El excelente rendimiento de los alumnos finlandeses, si bien está directamente relacionado con alto grado de formación y desempeño del profesorado de educación primaria y secundaria, también es el resultado de la suma de tres factores que se interrelacionan: el familiar, el sociocultural y el escolar. En el caso finlandés estos factores se coordinan y potencian unos a otros dando lugar a los notorios resultados académicos de sus estudiantes.

Organizaciones como la UNESCO, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OECD por sus siglas en inglés) y una serie de estudios especializados confirman año tras año que Finlandia cuenta con el mejor sistema educativo del planeta. Sin sobrepasar el volumen de inversión promedio de los países desarrollados, pero sí invirtiendo mejor sus recursos, el gobierno finlandés brinda educación gratuita y de primer nivel para todos.

¿Qué enseñanzas nos deja el caso de Finlandia? Nos deja muchas. La primera es que hay que soñar qué educación se quiere y luego tener la valentía para buscarla. Decidir a dónde se quiere llegar y evitar la improvisación son la clave. Segundo, que ningún proceso de cambio se da de la noche a la mañana. Todo proceso toma tiempo, requiere paciencia y demanda mucha constancia. Tercero, proporcionar una educación inclusiva, educación para todos en condiciones de igualdad de oportunidades de tal manera que nadie se quede sin ir a la escuela ni rezagado. Cuarto, que la preparación y el desempeño docente son cruciales para proporcionar educación de calidad. Esto implica también darles el reconocimiento económico y el prestigio social que se merecen. Quinto, que cada pueblo, nación o sociedad debe pensar un sistema educativo a la medida de sus necesidades y aspiraciones, de acuerdo a su contexto sociocultural y económico y echarlo a andar como proyecto de nación, sin copiar sistemas ajenos ni tropicalizar fórmulas de otras latitudes. Sexto, asignar todos los recursos que sean necesarios y administrarlos de la mejor manera posible.

Seguramente hay muchas otras enseñanzas que podemos retomar, pero lo cierto es que Finlandia y su sistema educativo nos dan un ejemplo a seguir y una lección que nosotros todavía debemos aprender.